

Editorial

22

Todos parecen estar de acuerdo en que, para mejorar la Universidad, es necesario acabar con las lecciones magistrales. El consenso está tan extendido que la expresión misma, *lección magistral*, se ha convertido en peyorativa para casi todo el mundo, pues por tal se entiende una clase monótona si no plúmbea, incapaz de interesar a quienes la escuchan.

¿La solución entonces? ¿Cómo dudarlo? El diálogo, la participación activa y el estímulo de la creatividad del alumno.

Sin entrar ahora en consideraciones sobre por qué una participación pasiva habría de ser, como se presupone, necesariamente negativa, y una activa, en cambio, siempre positiva –basta, por lo demás, con señalarlo, para hacer visible la innanidad de la ideología activista a la que quien más y quien menos se adhiere irreflexivamente–, dejando también para otro momento la discusión del tópico según el cual el diálogo sería universalmente superior al monólogo –mera inversión ingenua de la hegemonía del monólogo que reinara en otros tiempos y de la que, por eso mismo, cabe postular vicios simétricos–, resulta obligado preguntar: ¿el diálogo y la participación activa y creativa en qué?

En una clase, se nos responderá como si la cosa fuera una evidencia de perogrullo. Y se añadirá, con la seguridad de quien disfruta de su inapelable progresismo, que en una clase en la que se dialogue y se estimule la participación activa del alumno para así desarrollar al máximo su creatividad.

Vale. Pero, al margen de que en ella pueda hacerse todo eso –dialogar, participar activa y creativamente: cosas que, por lo demás, también puede hacerse en muchos otros lugares–, ¿qué es exactamente una clase?

¿No es acaso un lugar donde unos deben dar lecciones y otros deben recibirlas? ¿Y no conviene que sean auténticos maestros quienes las impartan y que así sus lecciones puedan ser verdaderamente magistrales?

Sucede con esto como con las palabrotas: que la mayoría de la gente, cuando las usa, dice estar convencida de no decir lo que esas palabras significan.

Pero las palabrotas dicen, no obstante, lo que dicen. ¿De dónde si no de su significado literal podría proceder el énfasis que con ellas quiere introducir el que las emplea? Y bien, lo mismo sucede con quienes han convertido en peyorativa la expresión lección magistral.

Aunque en un principio, cuando se les recuerda el significado literal de la expresión, afirman que, por supuesto, no es a eso a lo que se refieren, sucede que, de hecho, si es así como lo llaman, es a eso a lo que se refieren –desde luego, sin haber meditado en ello lo suficiente. Si no, ¿por qué no habría de bastarles con llamar clases malas a las malas clases y, así, reclamar la eliminación de las malas clases de la Universidad?

De modo que, al fin, la cosa es más evidente de lo que parece. Son las lecciones magistrales lo que quieren eliminar. Pues en esa peculiar sopa que identifican con el pensamiento progresista, palabras como lección, maestro y magistral son sospechosas. Atentan, dice la sopa, contra el diálogo, la participación y la creatividad.

Claro está que se trata de gente que desconoce lo elemental. Así por ejemplo esto: que nada estimula tanto el deseo de saber –y por tanto, el diálogo, la participación y la creatividad en relación al saber– como una auténtica lección magistral.

Y que el día que desaparezca la última la Universidad misma se extinguirá con ella.